

NIÑOS ESPECIALES

Un testimonio personal con respecto al criar niños con alguna discapacidad

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de compasiones y Dios de toda consolación, el cual nos Consuela en toda tribulación para que podamos nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros mismos somos consolados por Dios” 2 Co. 1:3-4.

El Señor, conforme a su arreglo soberano, ha preparado un curso para cada uno de sus creyentes a fin de que podamos correr nuestra vida cristiana, 2 Ti. 4:7. Sin importar cuál sea este curso, tendrá incluidas tribulaciones, fracasos, sufrimientos, apuros y situaciones con las cuales seremos algunas veces abrumados sobremanera, más allá de nuestras fuerzas, tal como describe el Apóstol Pablo en 2 Co. 1:8.

Mi esposa y yo deseamos compartir con ustedes un poco de nuestro curso. Particularmente, nuestra experiencia en tener y criar hijos con discapacidades, a los cuales en esta sección hemos llamado “niños especiales”, porque en realidad lo son.

Ya que no es algo sencillo, poner en palabras el relato de nuestras vidas, bajo el arreglo soberano del Señor; sentimos dar, de manera breve, este “preámbulo”. A continuación damos nuestros testimonios.

Mi testimonio como *madre* de hijos especiales

Durante la espera a la llegada de mi primer hijo, tuve un embarazo de alto riesgo, escasos recursos económicos y mucha inmadurez en cuanto a la vida, siendo una joven de sólo 19 años. Pero, estando en la vida de iglesia, mi esposo y yo nos sentimos felices, por el hecho de que esperábamos nuestro primer bebé.

Llego finalmente el gran día. Tuvimos un niño, y con él, el inicio de una gran y muy dolorosa historia. Se me notificó que mi hijo había nacido con el síndrome de Down y un soplo en el corazón, además de un conjunto de anormalidades, las cuales iría descubriendo a medida que el niño fuera creciendo. También se me informó que probablemente sólo viviría cuando mucho hasta la edad de 10 a 12 años. No había terminado el doctor de darme el diagnóstico, cuando enloquecida gritaba, tratando de correr mientras las enfermeras intentaban controlarme. Al despertar, aparentemente, habían pasado un par de días. Estaba ya tranquila, sedada, sentía mi cuerpo pesado, adherido a una cama. Pero las palabras del doctor seguían golpeando mi mente. Estaba aterrada. A los pocos días, aparentemente,

estaba lista para irme a casa con mi bebé...Entonces la búsqueda desesperada de “y que voy a hacer ahora” empezó.

Después de diecisiete años, desafortunadamente mi matrimonio terminó. Años después, por la misericordia del Señor, bajo Su cuidado y arreglo, Él tenía un hermano preparado para mí. Así, con la bendición del Señor y de la iglesia, nos casamos y empezamos nuestro curso juntos.

Durante este tiempo oramos para que El Señor nos concediera tener hijos. Ambos anhelábamos tener una familia. Con el tiempo el Señor nos concedió tal deseo. El nacimiento de nuestro segundo hijo fue otra nueva experiencia.

Pasaron los primeros dos años y todo parecía estar bien. Estábamos muy contentos disfrutando de nuestro hijo. Pero, repentinamente empezaron a cambiar algunas cosas. Cada día que pasaba el niño manifestaba cambios extraños. Más tarde, fue diagnosticado con Autismo (severo-moderado). No podíamos creer lo que estábamos escuchando. El temor a lo que internamente yo ya presentía, ahora había sido confirmado por uno de los mejores Neurólogos. Quería salir de allí inmediatamente e irme a mi casa, estar sola para darle rienda suelta a la presión que se había acumulado en mi pecho.

No encuentro las palabras adecuadas para describir tanto dolor, confusión, y culpa que invadieron mi ser. No podía comprender ¿¡¡ Por qué me estaba pasando esto a mi otra vez!!?

Así empezó nuevamente una profunda búsqueda de dirección. Mientras la situación se agravaba, el autismo seguía haciendo estragos en la vida de nuestro pequeño niño. Luchaba para no desplomarme y mantenerme a flote, ya que el desánimo y la depresión estaban presentes día a día agobiándome. Todavía no había compartido la noticia recibida, con alguien de mi familia o con los hermanos cristianos cercanos a nosotros en la vida de iglesia. No me sentía con el ánimo ni la energía de hablar, sentía que necesitaba tener un dialogo con Dios y presentarme delante de Él, pero no tenía la fuerza para abrir mi boca por aquella profunda agonía en la que se encontraba mi ser completo.

No sé cómo pasamos los días después. Oh, ¡necesitaba tanto el consuelo de alguien! Necesitaba escuchar algo, pero ¿de quién? Solo mi esposo y yo compartíamos aquel dolor y nosotros ni hablábamos entre nosotros; parecía que nuestros labios se hubieran sellado.

Las palabras del Señor “Clama a Mí y Yo te responderé” (Jeremías 33:3), vinieron a mi mente. No era fácil volverme a Él, pues sentía que El Señor estaba siendo injusto conmigo y que me había dado más de lo que podía soportar. Pero aun así empecé a clamar, o tal vez a gemir. Con el alma abatida, le decía ¡¡¡sostenme!!! Así empezamos un dialogo que hasta ahora todavía continua.

Tal dialogo con El Señor me guió a buscar la comunión de los hermanos en el Cuerpo de Cristo, a aprender a vivir y a practicar la vida de iglesia con nuestra familia en la vida diaria. Es así que El Señor se ha hecho real. Y así ha aumentado la necesidad de depender de Él y mantener un diálogo constante para aprender cómo ser madre de niños especiales, y cómo suplir las necesidades correspondientes de cada uno de ellos. Hoy en día puedo testificar que el Señor ha cambiado mucho de la tristeza y el lamento en gozo y alegría. Después de varios años en este diálogo, descubrí que la desesperación por encontrar dirección, fortaleza y muchas otras cosas, ha pasado a un segundo plano. El diálogo se hacía más necesario, no por las cosas que necesitaba, sino por el resultado tan benéfico que me trajeron esas platicas con El Señor. Asimismo, El Señor nos guía a buscar de manera sobria, la ayuda constante que necesitamos, para el desarrollo y cuidado de las necesidades prácticas de nuestros hijos.

Mi testimonio como *padre* de hijos especiales

Al igual que mi esposa, vine al Señor y a la iglesia muy joven. Pero no es hasta ahora que puedo declarar con espíritu de fe que, TODOS los aspectos de nuestras vidas están bajo el cuidado amoroso y el arreglo soberano del Señor.

Después de casarnos, como describió mi esposa, oramos por una familia. Por eso fue un gran gozo para mí cuando mi esposa me informó que estaba embarazada. Quería darle nuevamente a ella el gozo de ser madre.

Al nacer nuestro hijo, así lo fue. Sin embargo, a medida que nuestro hijo iba creciendo, parecía que algo no estaba bien. Yo trataba de darme ánimo a mí mismo pensando que quizás estaba exagerando, haciendo de algo pequeño, algo grande. Pero a los dos años y medio un neurólogo diagnóstico a mi hijo con autismo.

En ese momento sentí mucho dolor mezclado con temor. Me di cuenta que no podía hacer nada y que no había nada en mí, para poder enfrentar ese reto. Fui pesado en la balanza y fui hallado falto.

Cada semana y cada mes que transcurría me sentía más impotente. No sabía cómo ayudar a mi hijo ni sabía cómo apoyar a mi esposa. Me consumía en pensamientos. Me atormentaba pensando en el futuro de mi hijo. ¿Qué pasaría si yo o mi esposa faltáramos? ¿Quién iba a cuidar de él?

Por mucho tiempo no pude más que llorar y derramarme delante del Señor. Buscaba que El me quitara el dolor que sentía, que me consolara y que sanara milagrosamente a mi hijo. Como el salmista, mis lágrimas llegaron a ser mi alimento día y noche mientras las voces internas en mi mente me preguntaban ¿Dónde está tu Dios? Salmo 42:3.

Encontraba descanso yendo a trabajar porque podía salir de casa. Al regresar a la casa mi esposa estaba completamente sumergida en las necesidades de mi hijo. Parecía que no tuviera esposa, y lo entendía. Pues era ella la que en ese momento estaba cargando el

peso más grande. Yo, por el contrario, no tenía dirección alguna y una depresión severa se fue apoderando de mí. Mi esposa fue mi único refugio.

Por meses estuvimos aislados de todo. Nuestra vida de iglesia fue completamente interrumpida. Cada hora del día era utilizada en cuidar de nuestro hijo, en terapias, visitas médicas, por citar algunas actividades y a descansar porque esto era muy agotador.

Por otro lado, El Señor estaba trabajando dentro de mí. Cuando la elocuencia y el conocimiento terminaron, las rodillas y un derramarse delante de Él fueron más frecuentes.

De verdad, el Señor estaba en medio de nuestra situación, pero estaba escondido y yo no lo veía. Recuerdo que un día El Señor nos visitó. Una pareja de hermanos con sus niños, quienes no conocían de nuestra situación; tocaron a nuestra puerta un domingo por la noche. Nos dijeron que habían comprado algo para comer y querían saber si lo podían comer en nuestra casa. Fue una situación y pregunta algo extraña. Platicaron con nosotros, saludaron a mis niños, y terminaron de comer en veinte minutos y se fueron. Todavía recuerdo con lágrimas esa dulce visita. Ellos quizás nunca sabrán ¡cuánto aceite y vino trajeron a nuestras vidas cuando más lo necesitábamos!

El pasar por tal experiencia me hizo buscar la comunión y ayuda de los hermanos en la iglesia. Hoy puedo darme cuenta que en realidad El Señor usó esta situación tan desesperada para tratar conmigo. La usó para despojarme de todo, hasta que quedara solamente El. “A quien tengo yo en los cielos sino a Ti. Y fuera de Ti, nada deseo en la tierra” Salmo 73:25.

Palabras de Comunión

Hemos sentido del Señor compartir con ustedes, a manera de comunión, las palabras que nos fueron dadas en el momento más difícil de nuestras vidas; cuando tratábamos desesperadamente, de encontrar respuestas y alguna guía, de cómo tratar con nuestro hijo que había sido diagnosticado con autismo.

Las siguientes palabras que nos dieron nos han sostenido por ya, por más de 10 años. Estas son:

- *Nunca debemos pensar que el hecho de haber tenido un hijo/a con alguna discapacidad es resultado de que El Señor nos este “cobrando” o “dando retribución” a pecados o fracasos, que alguno de nosotros los padres hallamos cometido en el pasado. Nuestro Dios es un Dios de amor (1 Juan 4:8) y en Su corazón no existe ningún sentimiento de venganza hacia nosotros.*
- *El siguiente, dirigido principalmente a las hermanas, debemos aprender a desechar los dardos de fuego que el enemigo envía directamente a nuestra mente. Él le hará creer a la hermana que toda la “culpa” es suya, y que ella es la única responsable pues el hijo/a fue formado, en su vientre. La atormentará con “Si hubieras hecho esto” o “Si hubieras hecho aquello” o “¿Qué fue lo que hice?” o “¿Qué fue lo que no*

*hice?”. Recuerde que TODO lo que procede de la boca de Satanás es mentira.
Debemos declarar creyendo: ¡Jesús es el Señor!*

- *Debemos cuidar, hasta donde sea posible, no perder las reuniones con los santos a fin de poder recibir el suministro de gracia de parte del Señor. Algunas veces el marido tendrá que quedarse a cuidar de los hijos para que la madre este libre para asistir a las reuniones y viceversa. Siempre considerándose el uno al otro, a fin de seguir recibiendo el suministro de gracia necesario a.*
- *Nuestra situación no es para ser llevada por nosotros, la pareja, solamente. Es un asunto que amerita incluir a la iglesia local. Es saludable abrir de manera cabal, nuestra situación a los ancianos o hermanos responsables en nuestra localidad a fin de buscar su cobertura en oración y comunión.*
- *Por último, debemos siempre mantener un espíritu de fe, creyendo que en TODAS las cosas El Señor nos ha hecho más que vencedores en El. “En TODO” significa en todo. ¿Lo creen? Ro. 8:37*

“Oh el gozo de ser nada, tener nada y ver nada, sino el Cristo viviente en gloria y cuidar de nada, excepto Sus intereses aquí en la tierra.” John Nelson Darby.

Junio 12, 2017

UN LIBRO QUE SE RECOMIENDA LEER PARA ENTENDER MEJOR CÓMO SE SIENTE LA PERSONA CON AUTISMO:

The Reason I Jump: The Inner Voice of a Thirteen-Year-Old Boy with Autism
Aug 27, 2013

Por Naoki Higashida and KA Yoshida